

Llevadot, Laura (2022). *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*. Barcelona: Tusquets. ISBN: 978-84-9066-894-8.

Reseñado por: Patricia Irene Lara Folch. Universidad Autónoma de Madrid.

Recibida: 16/05/2023. Aceptada: 29/05/2023

Dos acontecimientos inauguran las páginas de *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual* de Laura Llevadot: una bala atraviesa la columna del poeta Joë Bousquet; Virgine Despentes, escritora y teórica feminista, es violada a la edad de diecisiete años. Del primero, la autora insiste en recuperar una cita, que aparece en una carta a un amigo y que da título al libro: «Mi herida existía antes que yo; he nacido para encarnarla» (p. 11). De ambas, la comprensión del hecho o del accidente que lo convierten en acontecimiento, ya que «es la comprensión de lo sucedido, y no el hecho sin más, lo que nos impulsa a una transformación, un antes y un después en el transcurso de una vida» (p. 11). «Hacer algo con la herida» es el efecto de esto último y lo que podría sintetizar el espíritu del libro.

Si hay un lugar desde el que se ha reflexionado sobre las heridas incurables, los traumas, la violencia, son los feminismos. Pero la relación de privilegio que dicha teoría y praxis mantiene con las experiencias de dominación se da a raíz de ir más allá de una misma o, en otras palabras, concibiendo que la herida o dispositivo político nos preexiste. Con ello, *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual* presenta a lo largo de cinco partes, conectadas pero independientes y bajo un estilo ensayístico de lo más riguroso, un panorama de las teorías de género contemporáneas y sus desafíos. Algo realmente muy importante para el ámbito académico, así como para el público general, en un momento de consolidación de los estudios de género y de amplificación del propio campo. Un lenguaje propio, cómo hacer historia, la

conceptualización del deseo, el vínculo con el opresor, la relación entre feminismo y anarquía, el Estado, la ley y la masculinidad, la importancia del testimonio de las putas, las cartas de amor de Kafka, son algunas de las múltiples tramas que aborda la obra.

Empezar por el principio de las cosas implica aquí comenzar por la posibilidad del/un lenguaje propio. Esto es lo que desarrolla la autora en la primera parte titulada «La lengua del amo» y que cuestiona lo que supone escribir *como*, hablar *como*, pensar *como* mujer, renovando así la disputa alrededor de la escritura femenina. Hélène Cixous dirá que «la mujer escribe con tinta blanca»; pero parte de esa renovación del debate pasa, para Llevadot, por reconocer que hoy ciertos feminismos – ella señalará principalmente al feminismo de la igualdad y el feminismo académico– escriben con tinta negra masculina. Aboga así por volver a plantear un habla, y quien dice lenguaje dice cuerpos, en el que resuene la herida, un lenguaje materializado con sangre o escribir «con tinta negra que no hay tinta blanca. Este es el único modo de seguir usando la tinta negra» (p. 26). Para la disciplina filosófica esto es de extrema importancia, ya que la inclusión de la presencia de la huella biográfica, que cabría más bien llamar de la mano de Anzaldúa *autohistoria* (2016), supone que la posibilidad de la filosofía sea la imposibilidad de la mujer, parafraseando a la filósofa Catherine Malabou (2011).

En las secciones anteriores ya se había empezado a trazar una cartografía feminista contemporánea. Pensando sobre el vínculo de deseo con el opresor, concluía la autora que

«ser mujer es reproducir e identificarse con esa construcción de

género que los hombres prepararon para nosotras, es encarnar la figura que diseñó el enemigo para su sosiego y enaltecimiento, es responder con un sí a la demanda antes de poder decir no» (p. 24).

Ahora bien, comenzar la segunda parte, titulada «Pequeño mapa del feminismo» con la casa de la diferencia de Audre Lorde, es toda una declaración de intenciones. Cuestiones de identidad, de diferencia, de otredad, que han marcado el análisis del género, hacen necesario releer a Freud o Simone de Beauvoir, entre otras, no solo para volver a comprender sus categorías fundamentales sino para enmarcarlos en los nuevos contextos de pensamiento para entender, por ejemplo, que *la mujer no nace, se hace* «abre todas las encarnizadas luchas entre feminismos y transfeminismos de diversos géneros en las que estamos sumergidos hoy» (p. 54).

La problemática de las filosofías de la historia se traslada al feminismo de la mano de autoras críticas como Joan Scott o Wendy Brown; y es que, como señala Llevadot, el uso reiterado del término olas para otorgar historicidad al movimiento y su teoría, reduce las opciones, al más estilo nietzscheano, a una historia de las mujeres centrada en la victimización, una historia crítica formulada como emancipación o una historia monumental pensada desde las grandes mujeres combatiendo el patriarcado. Apuesta, por ello, por un mapa, por una cartografía o topología, en lugar de una historia o teleología. Territorios en conflicto, que es el título de uno de los epígrafes del capítulo, es probablemente la modalidad espacial que mejor podría plantear la situación de los feminismos actuales. Del feminismo ilustrado, pasando por el feminismo de la diferencia, transfeminismos y teoría queer, la autora insiste en que pueden adolecer del mismo equívoco, esto es:

«la tentación de su reducción a los términos del derecho y del

reconocimiento, y por lo tanto, el de su recaída en un sujeto identitario, por desidentificado y bastardo que se pretenda» (p. 66).

Aunque el reconocimiento y la representación pueden contribuir a reducir la violencia institucional, no son suficientes para evitar la dominación. Acaba esta segunda parte pensando, si bien con cautela, la oportunidad de revisar un feminismo de la diferencia que, a través de autoras como Luce Irigaray, abren el espacio a una lógica no binaria de lo femenino, que no es nunca hombre o mujer, sino la de aquel sexo que no es uno, la del segundo sexo, ya que «solo así la diferencia sexual podría ser de nuevo vindicada» (p. 74).

En «Masculinidad, ese continente oscuro», la tercera parte del volumen, la filósofa reflexiona sobre otra de las patas más urgentes de todo el panorama: la masculinidad y la violencia, que ha marcado el último decenio de las agendas feministas. De Grecia al Satisfyer, Llevadot denuncia la primacía del consentimiento sobre el deseo a la hora de hablar del placer sexual de ese sexo que no es uno. Pero la época que más le interesa, no en sí misma sino y, sobre todo, para pensar nuestros días es el Imperio romano. A través del estimulante texto de Pascal Quignard, *El sexo y el espanto*, explica cómo nuestra concepción de la masculinidad tiene mucho que ver con la erótica que se constituyó durante el Imperio romano – para sustituir a la griega– y que clasifica los cuerpos en activos y pasivos, siendo los primeros lo virtuoso y lo viril, y los segundos lo femenino y/o penetrado, imposibilitando toda relación de reciprocidad. Hay que empezar

«por reconocer que muchos de los rasgos de este concepto de masculinidad sobreviven en nuestros días: el miedo a la impotencia, el sexo sin reciprocidad, el goce sin tributo, la sobrevaloración del falo, la fascinación como motor del erotismo, las violaciones (...). Aquí, de

hecho, ni siquiera hay deseo. Solo el goce que se obtiene al hacer cumplir la ley. Por eso el violador es un moralizador» (p. 96).

Esta conclusión, que siguiendo a Rita Segato nos confirma que la violación tiene mucho más que ver con el castigo que con el deseo sexual, tiene efectos de gran envergadura. El violador y el maltratado están del lado de la ley, actúan en su nombre y, por lo tanto, debe mantenerse una distancia crítica ante todo discurso que encuentre en el Estado y la ley un camino para la salvación.

En la cuarta parte, «Lo que se aprende fracasando», el punto de partida son dos poemas, uno de Sylvia Plath y otro de Maria-Mercè Marçal, que se unen en un reconocimiento de deseo al opresor: toda mujer adora a un fascista.

Esta escandalosa verdad, como la llamará Llevadot, es crucial para comprender la reproducción de la dominación y el vínculo con los dominadores; pero no solo, sino que también explica el amor a la propia identidad y subjetivación. Quizás quepa volver a repetir que el poder opera no por represión, sino por producción, por decirnos quiénes somos.

«Para defenderse hay que huir del otro y de uno mismo a la vez» (p. 124). Convertirse en algo distinto a lo que se es puede ser una manera de resistir a las formas de poder contemporáneo; ser mujer tal vez «invite hoy a convertirse en una máquina de desmontaje» (p. 161). Esto es lo que, a modo de conclusión, en la última y quinta parte, «Pulsión de anarquía», se entenderá como pulsión antiautoritaria, donde lo femenino la encarnará de manera privilegiada, en tanto que resto que resiste y sobre el que se constituye el lenguaje, el deseo, la identidad, etc. temas todos ellos centrales para una teoría de género contemporánea y que son tratados con suma inteligencia en *Mi herida existía antes que yo*.